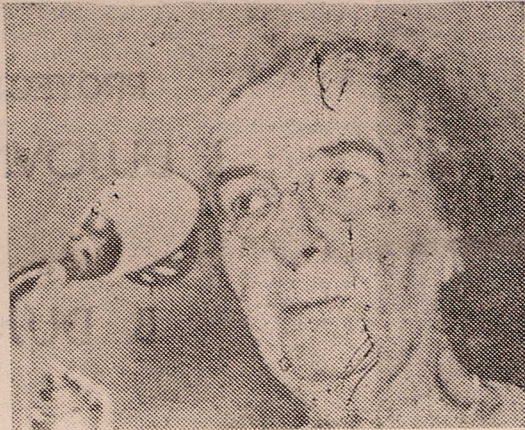


## ¿ADIÓS AL AMIGO?



GOLDA MEIR  
No a las imposiciones

EL último discurso pronunciado por el presidente Nasser en el fondo produjo alivio en los medios políticos israelíes. El tono duro, belicoso de Nasser muestra a la opinión internacional y, sobre todo, a la opinión norteamericana según se afirma en Israel, que no se puede esperar nada de El Cairo. Y, mucho más importante aún, el líder egipcio parece negar toda solución impuesta. Acaba de rechazar el memorándum norteamericano que deberá ser discutido entre las cuatro potencias cuyas "reuniones informales" comenzaron en Nueva York. Ese rechazo egipcio facilita la posición israelí.

En efecto, el gobierno israelí discutió largamente todo un día el informe presentado por Abba Eban, a su retorno de los EE.UU., de sus entrevistas en Washington sin que se llegara a concluir sobre la actitud que era necesario adoptar frente al memorándum norteamericano. La mayoría en el seno del gabinete, y en primer lugar Golda Meir, fueron de la opinión de que había que "ignorar completamente" el documento norteamericano, cuyos términos se alejan de las demandas israelíes y de la concepción que se tiene en Israel de la paz con el mundo árabe. Una minoría de ministros, entre ellos Abba Eban, estima que desde el momento que los EE.UU. están de acuerdo con consolidar a Israel, era necesario aprovechar la oportunidad para modificar el proyecto norteamericano y acercarlo a las posiciones israelíes. "El rechazo puro y simple" habría afirmado Abba Eban durante el consejo de ministros— sería catastrófico en el plano internacional y comprometería seriamente las relaciones norteamericano-israelíes".

Esta advertencia del ministro de Relaciones Exteriores israelí fue motivo de la postergación de toda decisión al respecto. La negativa del presidente Nasser a recibir el memorándum norteamericano, es todo un regalo del cielo para el gabinete israelí, que podrá ahora adoptar una actitud mucho más conciliadora en relación a un proyecto que —según se estima en Israel— está destinado al fracaso.

Esa opinión no es compartida por todos los observadores políticos. Algunos se preguntan si la oposición común de Egipto e Israel a todo tipo de solución impuesta por las grandes potencias no llevará a norteamericanos y soviéticos a intensificar aún más sus esfuerzos para llegar lo más rápidamente posible a un compromiso que detenga el constante deterioro de la situación en el Medio Oriente. Otros son de la opinión que el rechazo de El Cairo de una solución elaborada e impuesta por los "cuatro grandes" no es sino una maniobra especialmente destinada a la opinión árabe a fin de salvar el honor de Egipto en tanto líder del mundo árabe. En el fondo, dicen esos observadores, nada ha cambiado.

Los países árabes, vencidos por Israel en junio de 1967 no tienen nada que perder, sino, que al contrario, ganarían con una solución impuesta. Una imposición, forzosamente basada en la resolución del Consejo de Seguridad del 22 de noviembre de 1967, apuntará a devolver a los árabes los territorios ocupados por Israel a cambio de un "estado de paz" que no implica el reconocimiento de jure de Israel ni la negación directa de la paz árabe-israelí.

Es por esta razón, precisamente, que el memorándum norteamericano provocó conmoción en los medios políticos israelíes. Consideran que es un proyecto por el cual Israel arriesga perder todas las ventajas territoriales adquiridas en la guerra de los seis días, sin por ello obtener una "paz genuina" término que significa una paz negociada y firmada por Israel y los estados árabes.

El proyecto norteamericano que provee "acuerdos firmados por las partes en conflicto" que los "comprometería a observar la paz", no precisa que las firmas de Israel y de los estados árabes rubriquen el mismo documento. Se piensa que quizá se trate de dos documentos diferentes. Pero aunque se trate de uno solo, un intermediario —designado por el Consejo de Seguridad o por los "cuatro grandes"— invitará a Israel y los estados árabes a rubricar por separado ese acuerdo de paz que no sería de ningún modo ese acuerdo negociado al que se refiere el programa básico del gobierno de "unión nacional" encabezado por Golda Meir.

Por otra parte, el memorándum norteamericano, que sostiene el retorno a las fronteras del 4 de junio de 1967, considera necesarias ciertas rectificaciones de fronteras "tan insignificantes que ni los ministros más moderados son de la opinión de que Israel podría aceptar ese proyecto", escribe el Haaretz, diario generalmente bien informado.

A. BEN ASHER  
Israel

I. M.

## LA REVOLUCION INCONCLUSA

EL congreso del partido Baas sirio finalizó en Damasco luego de doce días de debates tormentosos, sin poder definirse claramente respecto al último enfrentamiento que culminó con el parcial alejamiento del presidente Atassi. Esta indefinición se refleja tanto en la composición de la nueva dirección como en las decisiones políticas adoptadas.

Como es sabido, el congreso debía ratificar el golpe de Estado "silencioso" realizado el mes pasado por el general Assad con el objeto de alejar del poder al presidente Atassi y al hombre fuerte de su gobierno, el general Jedid —pertenecientes ambos al ala izquierdista del partido. Pero, evidentemente, Assad intentaba con ello no un cambio de nombres sino de línea política en tres terrenos fundamentales: 1) el internacional; 2) el árabe; y 3) el interno.

En el terreno internacional, Assad se proponía liberarse de la dependencia, prácticamente total, respecto a la Unión Soviética, apoyando un acercamiento hacia los países occidentales. Pero es difícil imaginarse como realizable tal objetivo si tenemos en cuenta la dependencia completa del ejército sirio del armamento soviético, con el cual está equipado en su totalidad. Durante el congreso, Assad apoyó su demanda aduciendo que la Unión Soviética había suministrado un armamento anticuado e inadecuado al ejército sirio.

En el terreno interárabe los cambios propuestos se han encarado con más seriedad y es así que ya antes del congreso habían comenzado a ser puestos en práctica. Nos referimos aquí a la recreación del llamado Comando Oriental (Jordania, Siria, Irak), que había sido constantemente postergada por el gobierno anterior y que ahora Assad impulsó inmediatamente. En el corto lapso que va desde el golpe que lo llevó al poder hasta el congreso, Assad puso a disposición de la aviación iraquí diversas bases en territorio sirio. En su discurso principal durante las sesiones, el general Assad propuso una unión federativa entre Egipto, Siria e Irak, así como la unificación del Baas sirio e iraquí.

En el terreno interno, Assad —que es considerado por muchos como el representante de la burguesía urbana— propuso moderar la política de nacionalizaciones, devolver los bienes expropiados a "pequeños" capitalistas así como posibilitar la actividad económica del sector privado. Al mismo tiempo exigió la adopción de medidas para frenar la actividad comunista creciente a partir de la toma del poder por parte del ala izquierdista del Baas, en febrero de 1966.

Resumiendo: la significación de dichas proposiciones es "rectificar la línea" según el moleto de la política egipcia, excepto en el punto referente a la política respecto de Israel. En esta cuestión, Assad es más extremista aún que sus rivales, niega rotundamente todo tipo de arreglo político y aspira a acrecentar la actividad de sabotaje y terror contra Israel.

Pero como dijimos más arriba, el general Assad no logró todo lo que se propuso. La nueva dirección elegida por el congreso incluye también a sus rivales —entre ellos, también, el presidente Atassi— aunque no es improbable que luego de la finalización del mismo el nuevo gobierno que surgirá asegure un amplio dominio del general Assad.

No fueron ladas a conocer todavía las resoluciones del congreso y no se sabe aún cuáles proposiciones de Assad fueron aceptadas y cuáles no. Pero es dable suponer que Assad cedió a sus rivales en varios terrenos a cambio de tener vía libre en sus proyectos en el terreno interárabe, esto es, el establecimiento del comando oriental y el acercamiento al Irak.

El congreso se realizó en medio de grandes presiones externas, especialmente por parte de la Unión Soviética y Egipto. Este último quiso evitar a toda costa la agudización de la crisis interna siria, a fin de no debilitar el frente árabe.

Las próximas semanas indicarán hacia dónde se dirige ahora el régimen sirio. Una cosa es clara: el general Assad es fuertemente apoyado por el ejército y quien recibe su apoyo en Siria tiene asegurado también el poder político.

## EL EJE DAMASCO-BAGDAD



EL ingreso en Siria el 15 de marzo de unidades iraquíes —estimadas entre dos y seis mil hombres— venidas de Jordania, donde estaban estacionadas desde la guerra de los seis días, fue objeto de una protesta del gobierno israelí ante las Naciones Unidas. Irak, se destaca en Jerusalem, no aceptó el cese de fuego decretado en junio de 1967, y la instalación de sus tropas en dos países limítrofes de Israel constituiría una amenaza suplementaria a la paz del Medio Oriente.

Ese desplazamiento militar no modifica sensiblemente la relación de fuerzas. En efecto, el número de efectivos iraquíes en la región permanece igual. Existen causas. Más de dos tercios del ejército de Bagdad están inmovilizados en el norte del Irak, donde el combate contra los resistentes kurdos del general Barzani se ha reiniciado hace algunas semanas. Las hostilidades se desarrollan tanto en territorio kurdo como en las aldeas y ciudades árabes, donde los atentados y los sabotajes se multiplicaron últimamente. El general Barzani parecía decidido a aprovechar la coyuntura para arrancar al gobierno del general Bakr el reconocimiento del derecho a la autonomía del pueblo kurdo. Por primera vez desde el inicio de este conflicto, hace ya más de siete años, los nacionalistas kurdos atacaron con morteros las instalaciones de la Irak Petroleum Company, con la esperanza de llevar al cartel petrolero a ejercer presiones sobre el general Bakr.

Este último afronta una situación particularmente difícil. Impotente, al igual que sus predecesores, para vencer a los autonomistas —contra los cuales se encarniza, bombardeando con napalm inocentes poblaciones civiles—, el líder de los baasistas iraquíes se mostró incapaz de suscitar la colaboración o aun el neutralismo de alguna de las formaciones políticas. Tampoco pudo despertar la simpatía activa de los gobiernos de los países árabes. Aislado y muy vulnerable, el equipo del general Bakr ha creído hábil reconciliarse con el gobierno baasista de Siria, aliándose a una de las dos fracciones que se disputan el poder en ese país. El eje Damasco-Bagdad, aparentemente dirigido contra Israel, debería permitirle recuperar su prestigio tanto en la Mesopotamia como en el resto del mundo árabe.

Esperanzas análogas son las que deben animar al general Hafez Assad, ministro sirio de Defensa, a quien se le adjudica la intención de apoyarse en las unidades iraquíes recientemente llegadas para vencer a su rival, el general Salah Jedid, que aún dispone de alguna influencia en el seno del ejército.

La partida que se juega en Damasco podría tener importancia capital para Siria, pero también para todo el Medio Oriente. El general Assad se presenta como el jefe de la tendencia moderada del Baas. Si él triunfa en el enfrentamiento —se asegura en Damasco—, el régimen se "liberalizaría", asociando nuevas fuerzas políticas al gobierno. Revisaría la reforma agraria, favorecería la empresa privada, tomaría distancias con la Unión Soviética, volviéndose hacia Europa occidental, especialmente hacia Francia. Además, no se excluye la posibilidad de que revise su actitud respecto al problema palestino.

De todas maneras, el juego no está concluido en Damasco, donde el congreso nacional del Baas pretendió arbitrar, impotente, en el conflicto entre la facción del general Assad y la del general Jedid.

L. M.